



que aprendieran y después pudieran continuar enseñando lo que Él enseñaba. Había uno entre ellos, que parecía ser el mejor discípulo, Pedro. Él era hablador y siempre que Jesús hacía una pregunta, él era el primero en responder. Además siempre decía que amaba a Jesús, más que todos los demás. Y cuando Jesús decía que uno de ellos lo traicionaría, Pedro fue el primero en decir: Yo no, ¡Jamás iré a traicionarlo!

Sin embargo, cuando Jesús estaba por ser preso, Él les contó que todos huirían y lo dejarían solo. Pedro inmediatamente dijo: aunque todos te dejen, yo jamás te dejaré.

Pedro era valiente; un día, tuvo el coraje de andar sobre las aguas del mar en medio de la tempestad para encontrarse con Jesús. Pero, por causa de su orgullo, acabó hundiéndose y tuvo que ser salvado por Jesús.

Cuando Jesús estaba siendo prendido por los soldados, él tomó una espada y quiso defenderlo cortándole la oreja a uno de los soldados... Jesús tuvo que colocársela otra vez.

Inmediatamente los discípulos llenos de temor, huyeron, inclusive ¿quién? PEDRO.

Arrepentido, volvió para acompañar a Jesús pero... de lejos.

Fue entonces cuando entró en la casa del sumo sacerdote y vio como maltrataban a Jesús. El corazón de Pedro sintió dolor por Jesús, pues él lo amaba.

Tímidamente se acercó a una fogata para calentarse. Una empleada de aquella casa apareció y mirando a Pedro dijo: Eres uno de los amigos de Jesús. Asustado Pedro respondió: Yo no. No sé quién es Jesús. Otra mujer también miró a Pedro y dijo que tenía la certeza de que él era uno de los amigos de Jesús, pues hasta lo había visto con Él.

Otra vez Pedro se defendió diciendo no conocerlo. Por

tercera vez un hombre repitió que Pedro sólo podía ser amigo de Jesús, porque hablaba como Él.

Y saben niños, para probar que no era amigo de Jesús, Pedro llegó hasta insultar y habló palabras feas y mentirosas. Entonces el gallo de nuestra historia, entró en escena y cantó. Y parecía que cantaba así: ¡es mentiiiiiiiiiiiiira... es mentiiiiiiiiiiiiira...!

Pedro recordó las palabras de Jesús, miró hacia donde Él estaba y vio que el Maestro también lo estaba contemplando. Avergonzado por sus mentiras y traición, salió corriendo de aquel lugar y lloró amargamente.

Qué bueno que más tarde, después de la muerte y resurrección de Cristo, Pedro pudo pedir perdón a Jesús. Pero niños, todas las veces que sientan el deseo de mentir, recuerden a Pedro y el canto del gallo. Pidamos a Jesús que nos ayude a decir siempre la verdad.